

ce allí, a rozar las propias piernas de aquellos de quienes hufan. Y entonces desvariados, se enroscaban y mordían. Alberto había visto en los lugares apartados de la selva, «lianas que parecían serpientes y serpientes verdes que se dirían lianas. La sensación era la misma: vegetal o animal, todo cuanto allá arriba se enlazaba de retoño a retoño, en un verde de lodo escurridizo, sugería la misma viscosidad, el mismo mundo de veneno y de pavor».

Descripciones como ésta se encuentran muchas en la novela de Ferreira. De suerte que su lectura es un viaje continuo entre la flora y la fauna de más terrífica expresión dramática. Como decimos, el hombre aparece siempre empequeñecido, absorbido, deshecho por la ferocidad de las fuerzas naturales. Por eso mismo la concepción novelesca, la vitalidad, digamos estética de estos libros, se resiente en la composición de los tipos humanos. Aparecen o débiles o fragmentarios. Lo que importa es el escenario, la lucha enconada e implacable de la naturaleza contra el hombre y de éste contra su semejante. En «La Vorágine», por ejemplo, del novelista colombiano Eustasio Rivera, es también la naturaleza el más grande personaje. En ésta del escritor portugués, sucede igual cosa. Y en general en todas las novelas cuya acción se desarrolla en las regiones espantosas de la selva tropical.—D. M.

HISTORIA

EL GOBIERNO DE DON MANUEL MONTT, por *Alberto Edwards*.

En un volumen de más de 400 páginas (1) se han publicado los fragmentos dispersos de la interpretación histórica de Alberto Edwards sobre el discutido período de nuestra política que se ha denominado «el decenio». En él se yerguen las figuras fundamentales de don Manuel Montt y de don Antonio Varas. Aun cuando este libro está incompleto y muchos otros de sus fragmentos importantes no aparecen en él, los materiales acumulados bastan para ceñir esa época tormentosa y revolucionaria durante la cual pudo organizarse la república. Montt y Varas encarnaban el espíritu inflexible de la ley; sin embargo, el período en que actuaron fué todo el de constantes conmociones y alzamientos. La tesis de Edwards aparece clara en este libro: el principio de autoridad como única norma para establecer la acción de un gobierno progresista. A este principio nunca cedieron esos dos hombres tenaces, reflexivos y enérgicos. Por en medio de las revueltas y motines, cercados por los odios de fracciones peluconas y pipiolas a las cuales unía el mismo propósito de acabar con el gobierno de Montt, los dos grandes gobernantes fijaron un rumbo a la inquieta efervescencia del ambiente. Norte y Sur aspiraban a gobernar por medio de sus elementos más representativos. En la capital, otros núcleos po-

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile.

derosos de la aristocracia y del pipiolismo, también anhelaban tomar el gobierno. ¿Ha variado acaso la psicología política de este pueblo?

Indudablemente se ha transformado el panorama económico, por la violencia con que hoy se presentan los factores de la crisis. Pero en el fondo, las ideologías políticas concurren a dar vida a órdenes de luchas casi iguales, que han tomado definiciones de izquierda o de derecha. La derecha se había fragmentado en el gobierno de Montt. La izquierda, según la tesis de Edwards, valía bien poca cosa. Era una agrupación vaga y confusa... No es extraña esta observación, si tomamos en cuenta que Alberto Edwards fué siempre un devoto de los ejecutivos fuertes. Admiraba en forma incondicional a Portales, por ejemplo, y la posición de Montt que había crecido en la vida política con el ejemplo del mártir del Barón, le hacía ver en él al gobernante ideal de Chile. Sin duda, fué Montt un hombre de extraordinarias facultades. Con un poder extraño de sugestión y de selección respecto de los hombres que debían colaborar en su gobierno. Además inflexible en punto a doctrina. Igual cosa ocurría a Varas.

Los círculos sociales y políticos, como siempre, modificaban la política general del país. «Hemos visto —dice Edwards, pág. 249— transformarse, poco a poco, la paz absoluta de que por algunos años había gozado el país, en una de las agitaciones más violentas que registra la historia. Los intereses y rencores personales tuvieron en ello tanta o

mayor parte que las doctrinas o el fanatismo de los partidos. Descontentos los pelucones de la influencia avasalladora de don Antonio Varas y de la de un círculo que no les era grato, y temerosos de verlo entronizado definitivamente, intentaron sin éxito cambiar los rumbos de la política presidencial». Vemos que nuestra política no ha variado gran cosa. Más adelante, agrega Edwards, en la página 253, una verdad que hemos sostenido, sin jactancia de nuestra parte. Dice: «El bajo pueblo, ignorante, escéptico y nada propenso a las quimeras, hubo de mantenerse entonces, como siempre en Chile, casi por completo extraño a las agitaciones que fermentaban dentro de la oligarquía. En la capital como en las provincias, los hombres de trabajo y situación ordenada, agricultores, comerciantes, empleados y funcionarios eran por lo general manifiestamente hostiles al pensamiento de una guerra civil».

Es decir, la política manejada siempre por grupos que se hacían fuego unos a otros, con prescindencia absoluta del resto del país. La tesis de la fronda aristocrática, revolucionaria y rebelde, siempre ansiando el poder, y que tan malos ratos le causó a Alberto Edwards, cuando la enunció en su conocido trabajo era la misma, unida a los pipiolo, tan mal tratados por Edwards, los que se habían confabulado para derribar a Montt y a Varas. Primero sirvieron de apoyo a estos dos hombres modestos y grandes y luego pusieron en práctica la célebre neumática chilena. ¿Cual era el gran equívoco de la revolución

proyectada contra el gobierno de Montt? Veamos lo que responde Edwards, pág. 254: «Los iniciadores del movimiento, los que iban a allegarle recursos pecuniarios o prestigio político, pertenecían a la extrema derecha conservadora o a la fracción más moderada del liberalismo aristocrático. En cambio los hombres de acción, los que tendrían en sus manos la fuerza revolucionaria efectiva, los ejércitos y las montoneras, las ciudades, las provincias, iban a ser los jóvenes constituyentes, empapados en las utopías reformistas y los elementos demagógicos reclutados entre los descontentos del orden social».

Como se ve, nuestra política ha variado muy poco. También en aquel tiempo núcleos de arribistas, de oscuros personajes, nacidos en baja esfera, se ponían del lado de los pelucones para hacer la guerra a los gobernantes de condición social modesta. Aduladores, de oficio, cambiaban su mínima dignidad por un rozamiento con los grandes del apellido. El libro de Edwards, merece un comentario más extenso; sugiere reflexiones admirables sobre el desarrollo de la política y sociedad chilenas y presenta un cuadro vivo, animado de las revoluciones que conmovieron el gobierno de Montt. En Alberto Edwards había la pasta de un gran historiador, con un sistema, con una filosofía. Cosa no siempre fácil de hallar entre nuestros historiadores o aspirantes.—*D. M.*

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA, NOTAS CRÍTICAS, por *Guillermo Feliú Cruz*.

En las ventanas de la librería Servat—esquina S.E. de las calles Ahumada y Huérfanos—se exhibían a fines de 1878, entre otras novedades, los tres volúmenes de la obra de don José Toribio Medina, *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, a cuya lectura un grupo de jóvenes amigos dedicó luego y durante algún tiempo las primeras horas de sus noches. Eran Manuel Rodríguez Mendoza, Emilio Siredey Borne y Samuel Ossa Borne, a la sazón compañeros inseparables en los momentos que las exigencias de la vida y las tareas estudiantiles les dejaban disponibles. Estas lecturas hicieron nacer en ellos la duda acerca de la efectividad de que haya existido un régimen colonial inflexible para mantener los pueblos americanos en la ignorancia, mediante la falta de escuelas, y con la prohibición de introducir libros de otras materias que las religiosas. Tales dudas quedaron en estado latente hasta que, en 1883, hablé de ellas, incidentalmente, con Paul Lemétayer, quien se interesó por aquilatar su causa. Al devolverme los libros me dió noticias de que a la librería Servat había llegado una nueva obra del señor Medina *Los Aborígenes de Chile*. Luego el mismo Lemétayer expresó que, si bien aquel y este libro harían honor a los hombres estudiosos de cualquier tiempo y